

EXTRAÑO AZAR

Cálida evocación de un tiempo de potreros, grupos juveniles, boy scouts y un profundo sentido de solidaridad barrial.

a Pepe

Quiero que sea este el lugar pero convertido
(Callejeros)

Pablo Urquiza

Nació en Buenos Aires en 1967.
Es Asistente Social y Profesor
de la Universidad Nacional
de Hurlingham y de la
Universidad Nacional
de La Matanza.

Por cuestiones meramente biológicas, el escriba pertenece a una generación anterior a quienes relataron los capítulos de *Villa Celina*.

Por decisiones paternas pude transitar en un mismo tiempo esos pequeños submundos del barrio: el del *babi fútbol*, el de los *boy scouts* y el de los grupos juveniles de la iglesia católica.

Otrora barrios de tanos y de amplios descampados, hoy barrios amalgamados que no tienen manchones verdes, no tienen “campitos” ni potreros.

Para ir a la escuela N°137 José Antonio Wilde, había que atravesar un campito siguiendo el sendero de tierra marcado por nuestros propios pasos. En las mañanas en las que íbamos a la escuela era una foto usual ver agachadas a la vera del caminito a algunas señoras vestidas de negro, con pañuelos negros en sus cabezas -italianas ellas- recogiendo radicheta silvestre entre los yuyales.

El paisaje era de casas bajas y muchas quintas. La canchita frente al edificio 60 era aquella donde se disputaban los grandes *matches*: jugaban los equipos de los “grandes” y los pibitos que soñábamos llegar a esas ligas mirábamos ilusionados.

Además de los potreros, en el corazón del barrio y lindante en su frontera norte con Villa Lugano, se erige el club Riachuelo, un club de *babi fútbol*. Su nombre completo es Sociedad Vecinal Unión Riachuelo Celina Central.



Camiseta verde y amarilla a bastones, similar a la de Aldosivi de Mar del Plata. Había sido fundado en 1940, durante el auge del fomentismo en la Argentina.

De allí salieron glorias del fútbol local, nacional e internacional. El “loro” jugó la final del mundial 90¹.

Si bien en esos años nunca estuvimos en la primera división de las ligas infantiles, el “richa” era sinónimo de buen fútbol.

Muchos cracks de barrio, pisadores osados y atrevidos, tiradores de caños y gambetas, hoy son hombres que pasaron los 50, muchos ya no viven por el barrio, otros quedaron jóvenes: la vida los congeló en imágenes veinteañeras, ya no están...los recordamos así, con la “mimosa” debajo de la suela. Muy buenos pibes, aunque para algunos eran los “malos” del barrio.

Además de los potreros, en el corazón del barrio y lindante en su frontera norte con Villa Lugano, se erige el club Riachuelo, un club de babi fútbol. Su nombre completo es Sociedad Vecinal Unión Riachuelo Celina Central.

Muchas tardes de sábado viajando en micros naranja, compartiendo gaseosas y sanguchitos, recorriendo clubes del conurbano bonaerense. El sueño de jugar y divertirse, lejos del mundo del negocio del fútbol que hoy conocemos.

En las cercanías del club se encuentran los dos edificios quizás más antiguos de la ciudad, la vieja carnicería de Arsenio -hoy devenida en local de comidas caseras bolivianas- en cuyo friso se ve una leyenda que data el año de su construcción, 1928, y la esquina de Rivera y Chilavert donde se encuentra el viejo comité radical hoy convertido en un pequeño comercio de artículos para el hogar.

1- Néstor Lorenzo, gran número 5 de la categoría 1966 del club Riachuelo. Hizo su carrera en las inferiores de Argentinos Juniors. Jugó en el fútbol italiano e inglés y en Boca Juniors y Ferrocarril Oeste. Fue titular de la selección argentina en la final del mundial Italia 90.

Los scouts

En aquellos años, los finales de la década del 70, la agrupación scout Fray Luis Beltrán -el primer metalúrgico- se erigía en una suerte de pozo aledaño a la Parroquia Sagrado Corazón...hoy allí se encuentra un monumental edificio convertido en salón comunitario y templo.

Los scouts tenían algunos elementos de una religión pagana. *El libro de la selva* de Rudyard Kipling era su primera biblia. Detrás de los uniformes y los desfiles, la vida y los valores, aprendimos a respetar y cuidar a la naturaleza, a cuidarnos entre nosotros.

Para muchos significó aquello de construir una hermandad, la lealtad y la abnegación eran valores que eran puestos de relieve en cada momento.

Éramos los más pibes y Akela -el personaje del lobo de aquella historia-, la jefa de los lobatos, era una mujer. En el relato de Kipling era el lobo solitario que había llegado a jefe. Los lobos eran un pueblo libre que sólo seguía a su jefe.

El llamado con voz firme “manada, manada, manada” era respondido por lobos y lobatos al grito de “manada siempre mejor”...la libertad, los valores y la supervivencia eran los temas de nuestros encuentros.

Ser scout era un ascenso en la historia de la selva. En la manga izquierda de la camisa color arena se llevaban insignias que establecían las especialidades que tenía cada scout. Se debía rendir una prueba y al aprobarla se entregaba la misma como signo de haber alcanzado aquellos conocimientos: deportes, como natación y arquería, especialidades como hacer fuegos y cabullería (el arte de los nudos y los amarres), salvatajes en el agua y primeros auxilios eran parte de la tarea.

Eran cosas que servían o servirían para toda la vida. La sencillez del nudo llano y el escota simple, la dificultad del ballestrinque, el as de guía doble y la casi imposibilidad del margarita o el pescador doble.

Los scouts tienen su propia promesa y su propia ley... ser leales es una de sus características. La patria y la lealtad son elementos constitutivos...Dios también pero la agrupación era de la rama laica de los scouts.

El maestro scout era el marido de Akela. Eran los padres de la “Fray Luis Beltrán”. Ella, una custodia de la manada y del grupo de las chicas que se nombraban como “gaviotas”; él era un hombre sesentón, bueno, jovial y amable. Mi última imagen es verlo solo y triste guardando en cajones las sogas y los materiales mientras desarmábamos el galpón de la agrupación.

El cura de la iglesia lindera no era afecto a la convivencia con los “infieles” y no eran pocas las veces que, en pleno verano, cerraba la llave de paso del agua para que los lobitos no pudiéramos beber y refrescarnos...

La “santa madre” terminó sepultando al grupo del primer metalúrgico, construyendo en su lugar un templo. Paradójicamente, el nombre de la agrupación scout era el de un fraile nombrado por San Martín al frente de su artillería en el cruce de Los Andes.

La agrupación vendió sus pertenencias y pasó al olvido o quizás al recuerdo...

El otro micro mundo era el de la parroquia del barrio. Los pibes, y tal vez también los jóvenes, teníamos pocas noticias sobre lo que pasaba en el “afuera”, donde la dictadura estaba cometiendo todo tipo de atrocidades.. Aquello parecía un relato lejano...los curas hablaban poco y nada del tema.

Nunca supe si por protección a los jóvenes y a los curas más comprometidos o por un tácito consentimiento. Varios edificios del barrio eran reducto de militares y fuerzas de seguridad, destinados por “arma”. Estaba el edificio de los policías, de la fuerza aérea, de la marina.



Perseverancia

Hacia fines del año 77 y principios del 78, la parroquia del barrio creó los grupos de “Perseverancia” (“acción de perseverar y mantener la constancia en la virtud”).

Su lema era “somos felices cuando hacemos felices a los demás”, curiosamente una frase atribuida a Baden Powell, el fundador de los scouts. Primeros campamentos, Lobos, Maciel, Sierra de la Ventana y Villa Ventana. Haber sido parte de los scouts daba sus frutos: la zanja alrededor de las carpas para que no entre agua y una fogata en forma de pagoda para el fogón del último día.

Los domingos eran sagrados, lugar de encuentro por la mañana, misa de 11 era la excusa para estar con la barra o con la novia o con la chica que nos gustaba. Pero lo que sin dudas era religioso era el fulbito de la tarde y la posterior cerveza en el almacén de Andrés sobre la calle Olavarría.

Tercermundistas

Hacia fines de los 80 aparecieron por la iglesia los “vagos” del Movimiento del Buen Viaje, los pibes del galpón. Los seguidores de la Madrecita del Buen Viaje, se “colaron” gracias a un curita tercermundista que nos abrió a muchos los ojos, nos puso en comunión con esos vagos, con hippies de pantalón bombilla y botitas *topper*. Los galpones eran el refugio de quienes experimentaban algunos malos viajes.

Los scouts tenían algunos elementos de una religión pagana. El libro de la selva de Rudyar Kipling era su primera biblia. Detrás de los uniformes y los desfiles, la vida y los valores, aprendimos a respetar y cuidar a la naturaleza, a cuidarnos entre nosotros.

Aprendimos mucho de ellos. El rock y la virgen bailan y se dan la mano.

Fui peronista desde el 1° de julio de 1974 cuando vi entrar a mi viejo a casa -yo estaba jugando a los autitos con mi hermano-, con lágrimas en los ojos musitando “murió Perón”. Tenía 7 años. Se mezclaron la lealtad, Fray Luis Beltrán, la manada de los scouts y la idea de la patria...eso sintetizado en el bolsito de mi viejo...un gran laburante, gallina, gustador del buen fútbol -afirmaba que el Diego era una deidad menor frente al Charro Moreno- y del lunfa.

Pudimos abreviar en esas fuentes...la forja, la fragua, Beltrán y Akela y los lobos, la patria y el riachuelo, los campamentos y el potrero, los vagos “devotos” de la religión del fútbol...los tanos y los bolivianos, las vírgenes de Luján, Copacabana y la Madre del Buen Viaje, las caminatas a Luján...raras alquimias, los amigos, la patria, los otros, nosotros. ■